

TRIBUNA ABIERTA

# ¿DE «SACERDOS IN AETERNUM», A BURÓCRATAS DE LA SALUD?

POR JOSÉ ANTONIO SALIDO VALLE

«Parejo al desarrollo científico-técnico se ha producido un eclipse de los valores tradicionales de la Medicina»

**Y**a es una realidad el inicio de la tramitación, por el Gobierno socialista, del proyecto de ley de «Muerte Digna». ¿Un eufemismo de eutanasia, o el preludio de otro específico a estos efectos? Si manifestara mi sorpresa se me podría tildar de iluso confeso. Son ya casi un hábito las acciones de ingeniería social que conculcan el *iusnaturalismo*. Pero en este proyecto se trata de dar un paso más, obviar el derecho de objeción de conciencia a todo el estamento médico. Transformarnos en inapelables ejecutores.

Reflexionando sobre esta flagrante violación vocacional, recordé un día de Reyes del inicio de la adolescencia. Sabiendo los Magos mi vocación médica, recibí como regalo el libro «Tú serás médico», del conocido escritor y médico francés André Soubiran. Su lectura casi medio siglo después, y consiguiente análisis, tamizado por una amplia experiencia como cirujano, me ha evocado aquellos ideales de la Medicina que aspiraba vivir. Qué distantes y contrapuestos, en muchos aspectos, al actual ejercicio profesional.

En este libro, su protagonista, Jean Nérac, abatido por la desesperanza en un escenario bélico, rememora el día en que, diez años atrás, comenzó la carrera de Medicina. Buscaba la fuente en que aplacar «la ardiente sed» de esperanza, que le acongojaba en aquellos momentos.

No es infrecuente el uso de epígrafes al inicio de obras literarias, pero es más atípico que estén constituidos por varias citas. En su obra —de género novelesco, que pretende ser, y es, eminentemente educativa— Soubiran, creo que lo metafórico convirtiendo en una especie de bitácora, al acoger tres citas de autores francófonos, que constituyen auténticas agujas de marear médica. Y para más énfasis la sitúa en proa. Qué importante para los que se inician en la Medicina, y durante toda su vida, el tener un buen norte.

La primera de estas citas, de George Duhamel —cirujano de campaña durante la primera guerra mundial, que al finalizar ésta se consagró por completo a las letras y a las humanidades—, nos caracteriza la vocación médica, como: «La impronta médica es indeleble. Está marcada tan profundamente como la impronta eclesiástica.

*Sacerdos in aeternum...*». Esto lo comprobó el novel estudiante Nérac al ver la tranquilidad que, en su agonía, le infundió un destacado cirujano a un moribundo, tomando su mano entre las suyas, consolando en su final al desdichado. Esta vivencia —esta lección no reglada, tan dura y tan humana— le hizo comprender el viejo adagio de la Medicina: «Curar a veces, aliviar muchas, consolar siempre». Como los sacerdotes, ante la tribulación que produce la enfermedad y la muerte, dar esperanza.

De la segunda cita, de Marcel Sendraill —médico endocrinólogo y escritor— debe destacarse «...que una lección inaugural equivale a un ajuste de conciencia...». El autor centra su obra en la relación con los enfermos de su protagonista, pero no entra a considerar la lección inaugural. Empero, debería entenderla de alto bordo al destacarla en el epígrafe. Tan solo hace referencia al consejo que les da el primer día un profesor, enfatizándoles la importancia de «las frases de consuelo y de confianza» a los enfermos. En esencia refuerza la primera cita.

La tercera y última cita es de Charles Plisnier —escritor católico y marxista—, de la que destaco: «...seguir a seres vivos en las fases diversas y sucesivas de su vida, de suerte que si cada una de esas fases comporta un sentido, de su total consumación es donde surgirá su sentido último y más pro-



BERRIDI

fundo». En esencia, debo entenderla como una exhortación al cumplimiento del deber, que debe perdurar hasta las últimas fases de la vida, es decir, hasta el ocaso de la vida profesional y personal. Qué pedagogía en la invitación materna al joven Nérac, en su vigésimo cumpleaños, a examinar y hacer un balance del cumplimiento de sus obligaciones en su corta trayectoria vital.

Hasta aquí unas consideraciones del epígrafe de esta novela, cuya trama se desarrolla en los años 30 del siglo pasado, que podríamos calificar de epidícticas. En ella se ensalzan los valores de la profesión médica. El carácter eminentemente vocacional, la entrega, el esfuerzo en su aprendizaje y en la constante puesta al día de conocimientos, la prudencia, la justicia, la defensa a ultranza de la vida, etcétera. Y el que debe presidir la relación médico paciente, la humanidad. Estos valores coinciden con el punto de vista de la ética cristiana, pilar básico de la civilización occidental, según la cual se deben tratar de alcanzar —como sostiene Edmund Pellegrino, de la Georgetown University— los niveles más altos de la beneficencia caritativa.

Posicionándonos en la actualidad de nuestros hospitales, podríamos constatar que parejo a un desarrollo verdaderamente espectacular científico-técnico, se ha producido, y se está propiciando, un eclipse de esos valores tradicionales de la Medicina que tanto la engrandecían. Es obvio que no de forma estocástica, sino multifactorial. De las innumerables causas que podrían relacionarse con el problema actual, por los obligados límites de este escrito, destacaré cuatro, que son características de nuestra sociedad: socialización, igualdad, laicidad y judicialización. O para ser más preciso, sus derivas radicales, que, como en las Vanguardias de principios del XX, nos obligaría a utilizar el sufijo «-ismo».

En relación a la socialización de la Medicina, introducida por el canciller Bismark en 1863, con independencia del gran avance que ha supuesto para nuestros Estados del Bienestar, ha conllevado el tributo de una cada vez mayor burocratización, con la consiguiente despersonalización y pérdida de humanismo en la relación médico paciente.

En cuanto al igualitarismo —que no la igualdad—, lacra de nuestra sociedad actual, ha supuesto un arrumbamiento de la meritocracia. Los que acceden a puestos de responsabilidad médica —direcciones, jefaturas de servicio, etcétera—, son seleccionados más por adscripciones y otras caracte-

rísticas, muy alejadas de la excelencia y de los auténticos valores médicos, con gran menoscabo para su «auctoritas». Esto conlleva la desmotivación y abandono, por parte de muchos profesionales, de la cultura del esfuerzo, que llegan a considerarla estéril para su promoción. En contraposición, volviendo a nuestra novela, debe subrayarse el étimo de la palabra «patrón», con la que en los hospitales del París de los 30 se referían a los jefes, para comprender el gran respeto que inspiraban. Esta degradación, obviamente, hace resentirse la jerarquía médica, que, como cualquier otra, debería asentarse en la «auctoritas».

El laicismo —que no la laicidad— conduce, llevado al límite el relativismo, hasta la antítesis de la vocación y de los principios «prima facie» de la ética médica. La falta de respeto por la vida. ¿Estarán relacionados con esto los proyectos legislativos de Muerte Digna, y el de reforma de los Colegios Profesionales, que también se anticipa? ¿Se pretende —en el sentir de David A. Hyman, de la Universidad de Illinois— que la ley mate a la ética? La respuesta por obvia resulta innecesaria.

Y, la extrema judicialización de la relación médico paciente, nos ha conducido, de un lado, a la Medicina defensiva, de la que tanto se ha escrito, y de tan perniciosas consecuencias para la sociedad, para el enfermo, y también para el médico que la practica. De otro, como manifiesta Gonzalo Herranz de la Universidad de Navarra, a que la Medicina en algunos casos ya no es cosa de médicos, sino de jueces.

Los prolegómenos de estas circunstancias motivaron que René Leriche, considerado por algunos «padre» de la Cirugía Funcional, en la primera mitad del siglo XX, haciendo gala de su emblemática clarividencia, supo entrever el futuro que se avecinaba. Esto le hizo pronunciar una frase sobrecogedora —en muchos casos entiendo que apropiada, aunque gracias a Dios, de momento, en la mayoría no—, que tuvo oportunidad de leer hace años en el proyecto docente de un amigo, en la que aseveraba: «Aquel «coloquio singular» médico-enfermo de que hablaba Duhamel, «se ha transformado en una charla burocrática a ras del suelo»».

Ante estas circunstancias, cabría preguntarse: ¿De «Sacerdos in aeternum», a burócratas de la salud? Por ese camino vamos.

JOSÉ ANTONIO SALIDO VALLE ES JEFE DE SERVICIO DE TRAUMATOLOGÍA Y MIEMBRO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE CÁDIZ